

Jazz



Cómo engancharse al éxtasis rítmico

Ted Gioia propone la mejor manera de escuchar jazz en un libro que pretende desmitificarlo y hacerlo accesible a todos

LUIS M. ALONSO

Escuchando *In a sentimental mood*, por Coltrane, uno puede imaginarse la ciudad tras la lluvia, silenciosa como una playa en invierno, y el ruido del tráfico asociado a las olas. El neón que duerme en los charcos, como escribió Geoff Dyer. Pero también recrear cualquier otra situación. El jazz, una música urbana moderna que llegó a conocimiento del público por primera vez en Nueva Orleans a principios del siglo XX, ha sido desde entonces un fuerte vehículo de sentimientos y emociones. Una forma espontánea de magia musical que habita el reino de lo poético y de lo milagroso.

En la ópera o el rock, el público sabe más o menos qué esperar. Pero el jazz es ecléctico, sorprendente. En gran medida se debe al arte, a menudo mal entendido, de la improvisación. Ted Gioia, compositor, crítico, profesor, pianista y productor musical, además de autor de algunos de los mejores libros sobre el género, explica cómo la improvisación es otra cosa distinta a una colección aleatoria de sonidos. Lo hace en *Cómo escuchar jazz*, un precioso libro que acaba de publicar Turner, que en apenas algo más de 200 páginas incluye la mejor pedagogía que conozco para atraer nuevos aficionados a un tipo de música tan especial como esotérica.

La tendencia en la improvisación de los intérpretes a reflejar su psique es uno de los rasgos más encantadores y distintivos del género que, según Gioia, tiene en el éxtasis rítmico su punto culminante. En los exuberantes solos de Louis Armstrong y Charlie Parker y las reflexiones íntimas de Billie Holiday y Chet Baker, la música crece a partir de la rítmica, del abrazo entre el bajo y la batería. El sonido más satisfactorio y único, la fuente secreta del swing, como escribe el propio Gioia. El autor se vuelca en la exploración del fraseo musical, la dinámica, el tobno construido sobre un modelo africano impreciso que puede sonar extraño a los oyentes entrenados para apreciar un ideal clásico de la pureza. No hay pureza en el jazz, que Gioia pretende desmitificar y hacerlo accesible a cualquier persona dispuesta a abrir los oídos. Para ello encuentra el camino entre la escritura periodística y la explicación académica. En *Cómo escuchar jazz*, está todo, las grabaciones, los estilos, los grandes hits, el efecto psicológico sobre los oyentes, y también un apéndice con la lista de “150 maestros al principio o mediados de su carrera”. En este caso lo suficientemente subjetiva para que no estén todos los que son, ni sean todos los que están.

El libro está repleto, además, de interesantes observaciones sobre los músicos. Su autor asegura que para definirlos confía más en lo que componen que en su biografía. A Miles Davis, por ejemplo, se le consideraba grosero, agresivo y violento, pero la música cuenta de él una historia distinta. Cuando Gioia lo escucha tocar la trompeta piensa que no podría hacer la música que hizo sin una predisposición a la ternura y la vulnerabilidad. Leer *Cómo escuchar jazz* deteniéndose a oír la música que propone ayuda a zambullirse una y otra vez en la prosa que al igual que el sonido que promociona está dotada de gran ritmo.

PALABRA POR PALABRA

FERNANDO ONTAÑÓN



Vida y novelas

Supongo que a medida que vas cumpliendo años, ciertos lugares comunes, frases hechas en cuyo significado ni siquiera habías reparado mucho, empiezan a cobrar sentido en función de lo vivido y sufrido, también de lo disfrutado, y a veces uno acaba escuchándose a sí mismo decir cosas como que “la vida da muchas vueltas” o que “todos los cambios son para mejor”. Esto último no es cierto, claro, pero alivia mucho decirlo cuando te encuentras en la posición de dar consuelo. Personalmente, sin embargo, puedo decir que sí que da vueltas la vida y que, en ocasiones, los cambios, pese a venir forzados por las circunstancias más desagradables, pueden acabar convirtiéndose en lo mejor que te ha pasado nunca. Porque “la vida es extraña”, eso sí que es cierto, y todo puede cambiar “de la noche a la mañana”, “al doblar una esquina” o al meterte en un armario, como bien sabemos los lectores de Millás. Los libros sí que son un consuelo de frases hechas para quienes hemos visto pasar la vida a través de ellos. Durante un tiempo creí verme inmerso en la melancólica *Años luz*, esa maravillosa novela de James Salter donde la aparente solidez de la felicidad empieza a desquebrajarse casi por capricho, como si hubiese cierta inevitabilidad en ello, dada la naturaleza humana, esa suerte de insatisfacción crónica que aqueja a tanta gente y que tanta frustración genera. Pero, enseguida, la vida me llevó hacia otras novelas, a los textos más amables de Antonio Muñoz Molina, por ejemplo, donde, en ocasiones, las segundas oportunidades se presentan, novelescas, frente a uno como si se tratase de una cuestión de justicia poética. Y parece, entonces, que la vida arranque de nuevo y todo cobre sentido. Una vida más real, más cercana a la idea que uno se había hecho de las cosas en ese pasado soñador que todos tuvimos alguna vez. Y no puedo olvidarme de Paul Auster y de las rocambolescas casualidades que empujan a sus personajes a encontrarse y perderse entre las azarosas calles de Nueva York. Y es que no puedo evitar afeccionarme a la ficción cuando trato de entender la realidad, deformación lectora, lo reconozco, pero qué sería de la realidad sin las novelas, cómo hubiese sido mi vida sin ellas, dónde estaría ahora, qué demonios tendría en la cabeza, dónde anidarían esos pájaros que me han acompañado a lo largo de todos estos años, de tantas lecturas, de tantas vidas hasta llegar a esta. Me gusta su compañía.